

## Nuestros lectores opinan

# Un país violento

Hector Grenni

‘La violencia en El Salvador ha tocado fondo’, comentaba recientemente Roberto Cañas en una conferencia sobre la realidad social del país. Sorpresa, estupor, consternación, miedo... son los sentimientos que desde hace tiempo, acompañan a los salvadoreños todos los días. Y ante esto, las reacciones son variadas: por un lado, refugiarse en un sentimentalismo religioso que evade el realismo histórico que impone la violencia; por otro, el deseo de tomar la justicia por las propias manos. Unos exigen la instauración de la pena de muerte, mientras hay quienes proponen la instauración de ‘tribunales populares’ o quienes dejan la cuestión en manos de los funcionarios del estado, atribuyéndole a éste toda la responsabilidad.

El Salvador no es el único país en el mundo donde impera la violencia, pero sí, sin duda, uno en el que la violencia ha tocado los límites de lo humano. Algo se ha roto en el entramado social en estos últimos tiempos, las cosas ya no son como antes: parece que se ha perdido la dimensión de lo humano, comentaba recientemente Carlos Mata.

La violencia en nuestro país tiene una larga historia que parece haberse agudizado en estos tiempos, encontrando nuevos modos de manifestarse. De hecho, desde hace mucho tiempo se ha manifestado como formas de opresión de grupos y sectores dominantes o como insensibilidad de los sectores más favorecidos frente a la miseria de los sectores marginados. Se ha radicado en las crecientes frustraciones sociales asumiendo una dimensión particularmente agresiva. Últimamente se ha manifestado, como decíamos, ‘tocando fondo’.

Hay muchas razones para la violencia, sin duda: las desigualdades, que impiden sistemáticamente la satisfacción de las legítimas aspiraciones, de los sectores postergados; o numerosas formas de marginalidad: socioeconómicas, políticas, culturales, raciales, religiosas, tanto en las zonas urbanas como en las rurales, que exigen respuestas inmediatas que generalmente no llegan. Se generan así frustraciones crecientes que encuentran en la violencia su forma de manifestarse.

Desde hace tiempo que el país sufre de una situación de injusticia que puede llamarse de violencia institucionalizada, cuando, por defecto de las estructuras

de la empresa industrial y agrícola, de la economía nacional e internacional, de la vida cultural y política, “poblaciones enteras, faltas de lo necesario, viven en una tal dependencia que les impide toda iniciativa y responsabilidad, lo mismo que toda posibilidad de promoción cultural y de participación en la vida social y política”.

Sabemos que la paz no es la simple ausencia de violencia y derramamiento de sangre. Ya en el documento de Medellín se proponía que ‘la paz es obra de la justicia’, suponiendo la instauración “de un orden justo en el que los hombres puedan realizarse como hombres, en donde la dignidad sea respetada, sus legítimas aspiraciones satisfechas, su acceso a la verdad reconocido, su libertad personal garantizada. Un orden en el que los hombres no sean objetos, sino agentes de su propia historia”.

La propuesta de Medellín, además, hacía de la paz ‘un quehacer permanente’ que se construye día a día, “el resultado de un continuo esfuerzo de adaptación a las nuevas circunstancias, a las exigencias y desafíos de una historia cambiante”.

Se han intentado muchas soluciones ‘desde arriba’, impuestas sin las consultas necesarias: leyes ‘de mano dura’, desalojos violentos de ventas callejeras, programas que dan respuesta a necesidades inmediatas pero que apenas alcanzan para ‘seguir viviendo’... Soluciones todas que no han tenido efectos positivos, y que a veces no han hecho más que provocar reacciones que abonaron aún más al estado de violencia, soluciones que no han sido disuasivas de la violencia y que quedan en el ánimo de las personas y que tarde o temprano encontrarán las formas de manifestarse, nuevamente, con violencia.

Se torna cada vez más imperioso que las transformaciones necesarias se realicen desde dentro, ‘desde abajo’, con amplios espacios para la participación de los sectores más expuestos. Es necesario provocar los espacios para una conveniente toma de conciencia, una adecuada preparación de quienes sufren la violencia y la marginalidad y una participación efectiva de todos, que la ignorancia y las condiciones de vida, a veces inhumanas, impiden con frecuencia.

La violencia es hija obediente de la pobreza, de la desintegración familiar y de la injusta distribución de la riqueza producida, que muchas veces sume a los sectores marginados en la desesperación o en la aceptación pasiva de sus consecuencias: la emigración termina por ser aceptada como normal, así como terminará por ser normal que 14 personas mueran calcinadas en un bus, o que 12 personas sean asesinadas diariamente, o que “poblaciones enteras faltas de lo necesario, vivan en una tal dependencia que les impide toda iniciativa y responsabilidad, lo mismo que toda posibilidad de promoción cultural y de participación en la vida social y política”.

Si bien todos somos responsables de la paz, y por lo tanto, de la violencia que impera, hay quienes tienen un mayor peso en esta responsabilidad: quienes tienen una mayor participación en la riqueza, en la cultura o en el poder; quienes retienen celosamente sus privilegios, sobre todo si los defienden empleando ellos mismos medios violentos; quienes no actúan en favor de la justicia con los medios de que disponen, y permanecen pasivos por temor a los sacrificios y a los riesgos personales que implica toda acción audaz y verdaderamente eficaz. Ante esto, valen aquellas palabras de Juan Pablo II, refiriéndose a las clases marginadas: “seremos capaces de comprender sus angustias y transformarlas, no en cólera y violencia, sino en la energía fuerte y pacífica de obras constructivas”.

La violencia reclama a gritos soluciones colectivas que incluyan medidas económicas y sociales que vayan al encuentro de la pobreza y de la inequidad, que deje de lado el conformismo, la pasividad y los privilegios, que implique lucha, capacidad, inventiva, conquista permanente y sobre todo, como decía recientemente Juan Chopin, que transforme la violencia por esperanza y vida.

Es que la paz no se encuentra: se construye todos los días.